



LIT. J. SIVILLA
C. BAJA S^a PEDRO, 71.

BARCELONA CÓMICA

NUESTROS DIBUJANTES



Ramón Escaler



Director: José Inglés.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle del Hospital, 100 y 102, pral.
Horas de despacho: de 9 á 11 mañana

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal: trimestre. . . 2 ptas.
Cuba y Puerto-Rico: semestre. . . 5 " "
Extranjero: semestre. 6 " "
Números atrasados 1 real.

CRÓNICA



reanudar nuestras tareas en esta sección, con lo primero que tropezamos es con el cólera.

Pero no, no es el cólera propiamente dicho, sino *el sospechoso*.

Los casos de este señor son saltados como los premios de la lotería. Hoy en una calle, mañana en otra, otro día en un barrio...

...y así sucesivamente.

El sospechoso está haciendo boca para cuando llegue el verano.

Inofensiva y todo por ahora, la enfermedad preocupa á una infinidad de buenas personas, de aquellas que ignoran que nadie se muere hasta que Dios quiere, como dicen en la zarzuela de Serra y en la mayor parte de las religiones conocidas.

Estas personas ven sospechosos por todas partes.

Y ahora se nos presenta ocasión para parodiar á Tácito, ó á *Tacito*, que dirán Comelerán, Fabié y el sonetero ó sonajero Carulla. ¿Veis ese joven de rostro pálido y mirada triste, que suspira como si quisiera partir los corazones? ¿Quién sabe si tiene el cólera! ¡SOSPECHOSO!

Contemplemos á D.^a Bruna. ¿No la veis caminar deprisa, sofocada, como si algo la molestase? ¿Quién sabe donde va!... ¡SOSPECHOSA!

Al acabar de tomar el café D. Agapito hace un gesto de dolor y se lleva las manos al vientre. ¿Qué le ha pasado? ¡SOSPECHOSO!!

Fabulón sale de la taberna, donde se ha hartado de pimientos y tomates saturados de cuartillo y medio de aguardiente, se acerca á una esquina, abre la boca... ¿Qué le sucede? ¡SOSPECHOSO!

Un guardia municipal, sin temor á las ordenanzas municipales, se dirige corriendo y desaparece tras de una tapia, aparece después de diez minutos, vuelve á desaparecer al cabo de un cuarto de hora... ¿Por qué tan extraño mo-

vimiento? ¿Qué va á hacer la autoridad detrás de aquella pared? ¿Se ocultan criminales? ¿Hay algún recién nacido abandonado? ¿O es que...? ¡SOSPECHOSO!!

El número de *sospechosos* es infinito y no parece sino que estamos bajo el reinado de *El Terror*.

Para bien de todos, desearíamos que no hubiese en Barcelona más *sospechosos* que esos aplausos que se tributan á ese farrago de zarzuelitas que nos viene de Madrid.

**

Días pasados se nos echó el frío encima, y el ciudadano á quien le pilló con la capa empuñada ha pasado las de Cain.

Yo en esto de la higiene sigo los preceptos del Dr. Veritas, ó Barillas, ó como se llame. Si hace frío me pongo ropa, y si hace calor me la quito.

En cuanto á las comidas hago lo mismo. Si tengo dinero como solomillo de liebre ó perdicés, y si no, me contento con el modesto puchero de los clásicos garbanzos y de las románticas patatas.

Lo que quiere decir que las recomendaciones higiénicas son muy buenas para el que las puede seguir.

¡Recomiende V. alimentos sanos, habitaciones abrigadas y ropa de invierno al pobre cesante ó al obrero sin trabajo!

Pasemos á otra cosa.

**

Me gusta como han recibido al cólera en Murcia.

En vez de espantarse, han organizado alegres cabalgatas.

En una de ellas iba un carro alegórico alumbrado por hachones.

Le precedían dos estandartes con estos lemas:

¡Viva la alegría!

¡Abajo la aprensión!

Si la falta de aprensión matase las epidemias, ya se hubiese muerto el partido conservador, que es una verdadera peste.

Pero, ¡ay! que á pesar de todos los carros

alegóricos del mundo y todas las cabalgatas habidas y por haber, el cólera está en Murcia y D. Antonio Cánovas en la Presidencia del Consejo de Ministros.

* * *

Ya lo saben Vds. Van á partir en dos, y no por gala, la Rambla llamada de los teatros. Abrirán un paso entre la calle de Fernando y la de la Unión.

Es pasmosa la guerra que tienen declarada los municipios de Barcelona á los que van á pié.

Aquí todas las comodidades son para los carruajes, y al transeunte que le parta un rayo.

Dícese además que van á hacer, estropeando siempre la Rambla, una plaza de carruajes frente al Liceo.

¡Recuérdese también que para comodidad de los coches partieron en tres pedazos la Plaza de Palacio.

Nada, que aquí hay que nacer carruaje para que le guarden á uno consideraciones.

* * *

A las maniobras de Calaf, han seguido las de Carabanchel, y á estas seguirán las de Vitoria. Somos así. En tomando gusto á una cosa, hasta que apuramos la colilla.

Comenzó en el teatro el género bufo y lo continuamos hasta que se aburrieron los mismos acomodadores.

Vino el género flamenco y ya estamos de ratas, chulas y maestros de escuela, hasta la coronilla.

Con las maniobras va á suceder otro tanto. En honor de la verdad debo decir que á mi ya me aburren desde el primer día.

Eso ni es guerra ni es *na*.
¿Cuántas maniobras ensayó Napoleón? ¿Qué movimientos *pour rire* hizo ejecutar Moltke?

Lo que quiere decir, hablando en plata, es que las lecciones se dan en la cabeza del toro, y que todas esas maniobras no sirven para maldita de Dios la cosa.

Ah! sí; sirven para dar qué decir á los periódicos y qué pagar al contribuyente.

* * *

El Diluvio está dando un recorrido al encargo de la farmacia del Hospital.

Ya le lleva puestos la mar de rehiletos.

Como de un tiempo á esta parte ese periódico no da pié con bola, y como parece ser que en lo de la citada farmacia tiene alguna razón, viene á decir muy ancho: ¡A ver, que me quiten este! ¡que salgan esos periódicos, que tantos varapalos me han dado, en defensa de ese farmacéutico!

Esto es del género infeliz. Los periódicos no tienen la obligación ni la misión de llevar la contraria á nadie.

¿Que en lo de la farmacia del Hospital tiene V. razón? Bueno, pues apúntese V. una, que buena falta le hace.

De lo del niño Llorach y de lo del Sr. Rius y Taulet no volvamos á hablar.

Y agárrese V., Sr. *Diluvio*, al farmacéutico, que es un clavo ardiendo.

* * *

De un rasgo de inaudito valor da cuenta un periódico local. Durante la tremebunda y sangrienta batalla de Calaf, el general Dabán, con una temeridad heroica, permaneció durante muchas horas delante de una batería que estaba haciendo un fuego horroroso.

—¡Bájese V., Manolito!

Y Manolito *tenza que tenza*.

Digo no...

—¡Retírese V., general! gritaban algunos.

Y el general *tenza que tenza* delante de los cañones

¡Qué valor!

Todos creyeron que quedaría hecho polvo. Pero no, que las bolas, digo, las balas, le atravesaron el cuerpo á la manera que el rayo de sol entra por un cristal sin romperle ni mancharle.

Es mucho general ese para una nación como España.

¡Si se lo pudiéramos regalar á los portugueses!

DANIEL ORTIZ.

—o—

¡Olé... por las noyas!

A mi querido amigo Enrique Ferrari

—o—

Olé, por estas noyas, tan... sandungueras, y tan barbianas!.....

Quando ves esas ninfas, bellas y airosas, derramando salero por nuestras calles, con sus caras tan lindas y tan graciosas, con esos talles,

y con otras mil cosas, cuya excelencia me callo, por motivos de gran prudencia, ¿no te has dicho cien veces, que tales seres parecen angelitos, más que mujeres? Con sus labios rosados, cachos de cielo, que llamárseles pueden los quita-penas, y con sus miraditas, de encantos llenas, ¿no es verdad, que á cualquiera le vuelven lelo?

Yo, al mirar estas *noyas* tan *aiweridas*, tan gentiles y hermosas, tan *ben vestidas*, siento dentro del pecho, como una llama (de esas llamas ardientes, devastadoras,) en la cual, sin quererlo, mi sér se inflama á todas horas!...

Y tú mismo... ¡qué diablo! sé franco y dime: cuando ves que dos ojos encantadores se fijan en tí, dulces, arrobadores, de ese modo tan tierno, que el alma oprime....

¿No sientes, di, no sientes, amigo mío, un estremecimiento, como de frío?

¿No te dan ganas de exclamar, al mirarlas tan hechiceras:

¡Olé por estas *noyas* tan sandungueras y tan barbianas?.....

F. BALLESTEROS.

LOS CRÍTICOS, por Melitón



Lo que han sido y lo que són
los críticos en agraz:
numerosa colección
de Sénecas de serón
con descaro pertinaz.

A LO QUE VAN A LA CASTELLANA, por Santos



A pasear en coche de á peseta por hora... del reloj del cochero.



Un conductor digno del marco.



A exponer su gallarda figura.



A exponer su preciosa existencia.



A que lo lleven á la prevención con malos modos, por haber querido tocar los bibero- nes de un rorro.

EL NÚMERO 105

En la cama número 105 del hospital la conocí. Era una niña pequeña, poco desarrollada. Contaba ya doce años mermaditos por la enfermedad; su rostro era tan simpático que, á pesar de la palidez y lo sucio de él, daba gozo mirarle.

Yo simpatiqué pronto con ella.

Un día le llevé bizcochos, y, agradecida, me

contó su historia; una historia de llanto y orfandad, contada á tropezones. No había conocido á sus padres. Vagando por las calles había ido viviendo del mejor modo posible, que siempre era malo. Por espacio de dos meses, sirvió de *gancho* á una colección de comerciantes en la caridad pública. Ella sabía implorar una limosna con voz tan dulce y suplicante, que, rara vez no conseguía que le dieran algo; y esto era un gran mérito para los mendigos, que sabían agradecerle su maña y forzosa falsedad, con algunos pescozones que hacían brotar el llanto de aquellos ojos redondos y claros, que cuando miraban ponían gana de llorar con su ternura. Después de existencia tan

poco grata, la chiqueta halló ocasión para evadirse del poder de sus verdugos y, acompañada de otros mendigos de su edad, vivió la vida de la miseria, considerándose feliz cuando podía contar con los quince céntimos indispensables para dormir bajo techado, sobre unas esteras que ella creía blando lecho de plumas. Me dijo que aquella fué la época más feliz de su vida, porque los mendigos no la obligaban á decir *mentirotas*; y cuando estas palabras dijo, su rostro se oscureció, y sus

labios, contraídos por el dolor de tan tristes recuerdos, formularon una tan dolorosa sonrisa, que á mí, que estoy avezado al sufrimiento, no pudo menos que impresionarme.

Su historia terminó de este modo:

Una tarde (hacia de esto algunos días) corrí por calles y plazas pidiendo limosna sin conseguirla, y vió llegar la noche, parada en una acera, muda é inmóvil, con los ojos fijos en los que cruzaban por su lado. La pobrequilla, no

sabiendo donde dormir aquella noche, echó á andar hacia el puerto. Allí, sobre unos tablores, se acostó; pero á media noche ocultóse la luna, comenzó á diluviar y no tuvo más remedio que correr en busca de techado..... ¡Tardó en hallar donde guarecerse! Impasible, acostumbrada á sus desdichas, recibió entre tanto el aguacero sobre su débil ser, sintiendo, según decía: «Un frío grande... ¡muy grande!... y un miedo..... ¡qué miedo!» Lástima me dió al oírlo. Cuando cesó el temporal no podía respirar y la voz se le obscurecía por momentos hasta el extremo de no oírse á sí misma.... Ella sabía que existían unas casas donde curan á los pobres; pero por

instinto les tenía miedo, á lo cual debió sin duda el sentirse presa del terror cuando un guardia, al verla tendida en el arroyo, la recojó diciendo: «—¡Al Hospital!»

En él estaba ya algunos días sin haber logrado mejorar de la pulmonía que trataba de poner fin á su existencia.

Desde que me contó su historia con estropajosa lengua y mirándome fijamente, no se apartaba su recuerdo de mí; y hoy, al cabo de un año, todavía me parece estarla viendo son-

NUESTROS REDACTORES



LUIS DE VAL

reir, al propio tiempo que alargaba sus delgadas manos para cojer los bizcochos que devoraba con glotonería insaciable. La hora en que yo la veía era por la mañana. Una de tantas entré en la sala del hospital y ví que la cama número 105 estaba vacía.... Pregunté á una hermana de la caridad por mí visitada, y respondiome que la habian dado de alta.

—¿Es decir, que se ha marchado?—pregunté yo, atónito ante la inesperada sorpresa.

—Sí, señor.

—Y ¿no ha dicho nada de mí?

—No, señor.

Una sensación de frío recorrió mi ser. ¿Por qué? No sé.....; yo no podía creer que *la nena*—como yo la llamaba—se olvidase de mí en aquellos instantes. Más; no lo creí: me dolía extremadamente su olvido.

Poco duró mi pena. Al salir del hospital escuché tras mí una vocecilla fresca y retozona... ¡Era *la nena*! Me estaba esperando para despedirse.

—¿Qué vas á hacer ahora?—le pregunté.

Ella por toda contestación, se encojió de hombros devorando los bizcochos que le acababa de dar. Después.... ah! después me cojió una mano, la besó y prestóse á admitir dos duros que le di para que se dedicara á cualquier pequeño negocio callejero. Dijome que vendería periódicos y cerillas. ¡Dios quiera que aquel ángel, mártir ya en su tierna edad, no lo haya sido después, de las mil desdichas que nos acechan en el mundo, y Dios quiera también que jamás se vea, como la ví, en un hospital, sin más nombre que un número!

¡El 105!

LUIS DE VAL.

En el cielo y en la calle.

(FRAGMENTO DE UN POEMA INÉDITO.)

A los que buscan dramas algo extraños
doy este, que por breve no desvela;
personajes: un niño de seis años
y Juana de sesenta, que es su abuela.
Hablan y nada su atención les roba:
ella desde un sillón, él en su cama:
la escena es en el fondo de una alcoba
que brilla á media luz.—

Comienza el drama.

—Dos labradores francos y sencillos
encontraron dos aves cierto día.

—Abuela, ¿qué son aves?

—Pajarillos.

—¡Ah! sí, tienes razón, ya lo sabía.

—Prosigo, y no interrumpas esta historia.

—No vuelvo á hablar, te lo prometo, abuela.

—Oye y fija mi cuento en tu memoria.

—Y lo diré á los niños de mi escuela.

—Una vez dos sencillos labradores
hallaron en un árbol suspendido

el nido de dos pájaros cantores.....

—Dime, antes de seguir, ¿cómo es un nido?

—Tus preguntas avivan mis congojas,
un nido es un palacio.....

—¿Qué me dices?

—Es un palacio alzado entre las hojas
para vivir dos pájaros felices.

Allí se abrigan del invierno insano;
allí van á arrullarse hora tras hora,
y así como tú rezas muy temprano,
allí cantan á Dios en cada aurora.....

—¿Y serán muy bonitos?

—Maravilla

en tanta pequeñez arte tan rico.

—Abuela, ¿son de piedra?

—Son de arcilla,

con hebras mil, tejidas con el pico.

Mas no pierdas la historia peregrina

y volvamos al par de labradores

que, al fulgor de la estrella matutina

hallaron aquel nido entre las flores.

Se acercaron al árbol corpulento

donde estaba el palacio suspendido.....

—¡El palacio!

—¿Lo ves? No sigo el cuento;

un palacio en un árbol, es un nido.

En el estaba un pájaro, y cubría

para darles calor, dicha y consuelos

á tiernos pajaritos.....

—¡Que alegría!

Sus hermanos, tal vez.....

—No; sus hijuelos.

Temeroso á mirar á dos extraños,

escondió á sus polluelos inocentes.

—¡Ay! dime, abuela, ¿les hicieron daños?

si los han de matar, no me lo cuentes.

—No comprendes aún en tu inocencia

los nobles cultos en las almas fijas;

un padre siempre inspira reverencia

á quien lo ve rodeado de sus hijos.

Y lo mismo en las aves que en los hombres,

en el espacio azul ó en el abismo,

grutas, nidos, hogar: cuestión de nombres

¡el amor paternal siempre es el mismo!

El pájaro del cuento, receloso

de la intención de aquellos campesinos,

les habló.....

—¿Cómo, hablaba?

—¡Qué curiosos!

—¿Hablaba como yo?

—No nó; con trinos...

—¿Con trinos?

—No interrumpas.

—¿Cómo es eso?

—Basta de preguntar, escucha.

—Escucho.

—¿No sientes tú, cuando me das un beso.

que, sin hablarte yo, te digo mucho?

Pues... no lo sé explicar; un dulce acento

inimitable, arrullador, divino,

con que una ave saluda al firmamento

al ver al nuevo sol, eso es un trino.

—¿Eso es un trino?

—Sí; con él expresan

las aves de sus dichas el tesoro.....

—¿Abuela ¡y qué! las aves no se besan?

—Tal vez, tal vez, pero en verdad... lo ignoro.

No hagas á cada paso esas preguntas

que resolver no puedo ni me toca;

tal vez se besan las que viven juntas.

—¿Y se pueden besar sin tener boca?

—Me tienen siempre en infernal batalla

la gran precocidad de tus antojos:

sábelo, chiquitín: sábelo y calla:

¡los pájaros se besan con los ojos!

—No, no es verdad, abuela.

—¡Qué osadía!

¿Es decir que yo miento? ¡Vaya un chico!

—Yo he visto á tus canarios cierto día

dándose de comer de pico á pico.

INVIERNO

Por Escalier



—Pero, ¿dar de comer es dar un beso?
 —¡Vaya con el chicuelo veterano!
 —¿Pues por qué los canarios hacen eso?
 tú me das la comida con la mano.
 —¿Por qué lo hacen? No sé. Ya me provoca
 esa curiosidad tan obstinada;
 no se besa tan sólo con la boca.....
 —¿Abuela, pues con qué?.....

—Con la mirada.
 Y á un niño como tú, débil é inerte,
 que no conoce el mal ni le acobarda,
 viene á besar sus ojos cuando duerme,
 lleno de amor el ángel de la guarda.
 Ese ángel está aquí.....

—¿Dónde?
 —A tu lado.
 —Abuela, ¿entre tú y yo?

—Sí. —¡No lo veo!
 —Ningún mortal á un ángel ha mirado
 sinó con la esperanza y el deseo.

Quien tal ventura á conseguir alcanza
 es porque tiene el alma limpia y pura.
 —Dime, abuela, ¿qué cosa es la esperanza?
 —Una cosa muy clara y muy oscura.
 Lo que quieres hallar más adelante,
 lo que estando muy lejos ves enfrente,
 lo que al ser más oscuro es más brillante;
 ¿me entiendes?

—Nó. —Pues calla, impertinente;
 me llevas por tan ásperos caminos,
 que junto á tí desfallecer me siento;
 me haces hablar de besos y de trinos
 y no me dejas proseguir el cuento.

—¿El cuento?
 —Pícaruelo, ¿has olvidado
 el encuentro de aquellos labradores
 con el nido de un pájaro encantado
 oculto entre las ramas y las flores?

Sí, lo olvidaste ya; cesa mi empeño
 de contar esa historia... no prosigo,
 cierra los ojos, velaré tu sueño;
 ¡soy tan dichosa cuando estoy contigo!

—¿Me quieres mucho?
 —Sí, te quiero tanto,
 que por eso me ves tan afligida;
 á mi avanzada edad me causa espanto
 saber que pronto perderé la vida.

—¿Te da miedo morir?
 —Por tí me aflijo.
 No por un mundo donde impera el dolo...

—¡Ay, si supieras.....
 —¡Calla! entonces, hijo,
 ¿qué podrá ser de tí!... ¡te quedas solo!

—¿No dices que está un ángel á mi lado
 que vela mis acciones noche y día?
 él me acompañará.

—Muy bien pensado.
 —No llores... dame un beso, madre mía.
 Fija el niño en la anciana sus miradas
 en las que amor inmenso se revela,
 la besa, y sus mejillas sonrosadas
 se empapan con el llanto de la abuela.

Reina un silencio santo, nada roba
 la pompa augusta que la escena tiene...
 ¡como que están besándose en la alcoba
 una alma que se va y otra que viene!

JUAN DE DIOS PEZA.

Meladas de invierno

Ua se acercan los días nublados.
 El termómetro señala el tiempo de
 empeñar el reloj para sacar la capa.
 Las reuniones de confianza comen-
 zarán en breve.
 Ya las de Picatosta no piensan
 sino en lo que van á divertirse.

¡Cuidado que gozaron en la temporada anterior!

Sobre todo, las peripecias de la última reunión que celebraron no las pueden olvidar.

¡Ah, qué noche!
 Asistieron sus cinco primas, las de Fulanillo, las de Manganillo y otras más.

¡Pues y muchachos! si casi no cabían en la sala y el gabinete! Y eso que entre ambas habitaciones miden más de cuatro metros.

Segundo, fué la primera persona que llegó á la casa aquella noche. Por cierto que bromearon más con el equívoco... Vamos, ser él el primero, siendo *Segundo*!

A las diez, la criada tuvo que coser con una aguja de zapatero enhebrada con hilo, fortalecido con cera virgen, un agujero fenomenal que en la estera hizo Pepito con los pies y en el que tuvo la desgracia de tropezar Florinda, una señorita tan delgada que á duras penas se consiguió encontrarla.

—¿Se ha hecho V. daño?—la preguntaron al levantarla

—No, no ha sido nada; un golpe en la frente...

—Si ese Pepito es el diablo; baila siempre dando saltos de carnero. Vamos, no haga caso; venga y le daré un vaso de agua con azucarillo de limón.

A todo esto, el gato, que como aun está en su infancia es muy juguetón, se abalanza al agujero de la estera y sale corriendo con una cosa negra en la boca.

—¡Un ratón!—exclama una jóven.

—¡Jesús, que miedo!

—¡Algunas señoras suben presurosas sobre las butacas; otras corren precipitadamente sin dirección fija, tropezando con los pollos y dando de bruces con doña Paquita, la dueña de la casa, quien derriba el vaso de agua sobre Florinda, á la que causa tal impresión que le dan ganas de desmayarse.

Un chico con lentes y *panitoros* atrapa al vuelo el azucarillo con tal violencia, que va á parar á la boca de otro, que se lo engulle.

A todo esto doña Bonifacia, que pesa trece arrobas, no sostiene bien el equilibrio sobre el sillón á que ha trepado; rómpese la funda y tras ella el forro de *guttapercha* y queda la señora sepultada en la crín hasta las rodillas.

—¡Socorro! ¡Que se hunde la casa!

—¡Un terremoto! ¡Qué horror!

—¡Calma! ¡Serenidad! —vociferan algunos varones animosos.

—¡Ay! ¡que me saquen de este atolladero!—clama doña Nicanora.

Los hombres se colocan de dos en dos aga-

rándose cada fila á la anterior; abrázanse á ella los de la primera, tiran los demás, y á fuerza de sudores consiguen extraerla sana y salva, sin más averías que la pérdida de una liga y un ligero desgarrón en los bajos del vestido.

El gato vuelve á atravesar la sala, saltando, gruñendo y sin abandonar su presa.

Un mozo robusto le atrapa en el aire como si fuera una mosca.

—¡Mío es!—vocifera adoptando un aire de héroe vencedor.

—¿Qué lleva en la boca? ¡Un ratón negro!

—No, señoras; si es un postizo; ¡un mechón de cabellos!

—¡Mío!—clama Paquita; y avergonzándose por aquella confesión que inadvertidamente se le ha escapado, añade:

—Es un recuerdo de mi abuelita: lo llevaba en la cabeza por haber perdido el guardapelo, que era de oro con rubies.

Restablécese la calma: Ruperto improvisa unos versos que todos admiran y aplauden por ser *sacados de su cabeza*, y se rien tanto....

Después Lolita y un joven que ha ido de frac, porque pensaba asistir á la tertulia de una condesa *que se ha indispuerto repentinamente*, tocan á cuatro manos un trozo de *Lucia*, con tanto entusiasmo, que rompen cinco teclas, quedando el piano inutilizado.

Pero nadie se apura; se recitan versos, se juega á prendas, y la noche se desliza en un momento.

Y á las tres de la madrugada terminó aquella fiesta de caracter familiar, dejando impresos en todos los corazones los agradables sucesos que esperan ver repetidos muy en breve.

JULIO VICTOR TOMEY.

Electricidad amorosa

I.

En secreto lo ansiaba;
darla un beso quería;
mas nunca me atrevía
y, á mi pesar, respeto le mostraba.
¡Cuánto... cuánto sufría,
sintiendo del amor los aleteos
mi pobre corazón, al cual mordía
la víbora cruel de los deseos!...

II.

Una tarde, por fin...—¡hermosa tarde
en que solos nos vimos!—
cortando de mi amor ardiente alarde,
esta conversación los dos tuvimos:
—¿De qué—preguntó ella—
nace esa luz tan bella
que eléctrica se llama?
Tú que estudias constante
debes saber tan grande maravilla.
¿Porqué sin fuego aquel carbón se inflama?
Y, en mi fijando una mirada amante,
mi respuesta esperó la curiosilla.
—Brilla esa luz—le dije—
porque el carbón de cok al ser herido
por eléctrico fluido.....
—Que no te entendería me predije.

Tú usas términos raros que no entiendo;
si un ejemplo encontraras...

Y un pequeño mohín, graciosa, haciendo,
añadió:—Frases raras,
como nunca estudié, no las comprendo.

Una feliz idea
á mi mente acudió en aquel momento,
y, con todo el afán del que desea
satisfacer un loco pensamiento...
—Pronto comprenderás de un modo claro
—le dije—las razones

porque brota esa luz... No hay nada raro.
Hé aquí los aparatos en activo:
dos pilas, dos alambres, dos carbones.

La corriente del polo positivo
choca con la del polo negativo,
salta la chispa y nace una luz clara
que brilla como no brilla ninguna;
aunque, á decir verdad, no hay luz alguna
cual la luz de los ojos de tu cara.

Mírome frente á frente
la virgen que avivaba mis anhelos,
con aquellos ojazos como cielos,
de mirada dulzona y elocuente.

—¿Y el ejemplo?—insistió—Venga el ejemplo

...Estaba tan hermosa... tan hermosa,
que parecía una arrogante Diosa
que tuviese al jardín por digno templo.

La contemplé un instante;
por fin llegó al exceso
el afán delirante
de darla un dulce, apasionado beso,
y, cojiendo sus manos con las mías,

—¡El ejemplo!—exclamé—Mira, amor mío,
un ejemplo que mata teorías.
E impulsado por loco desvarío,
añadí:—Pilas son los corazones
y conductor del fluido afán constante
que nace de las locas ilusiones.

Deja que te contemple delirante...
Tus labios son el polo negativo
y los míos el polo positivo;
unámoslos, mi amor, con embeleso
y verás como brilla la luz pura
de la chispa de amor, que es dulce beso.

Nada más dije, la besé en mis brazos
con amante locura,
y, en tan estrechos como dulces lazos,
sentí en lo más profundo de mi pecho
ese delcete que hasta el alma llega
cuando, por fin, se siente satisfecho
el torturante afán en que se anega.

LUIS DE VAL.

¡PRIMAVERA!



¡n, noches de primavera, noches hermosas,
tibias, claras, ricas en aromas, adornadas
con las bellísimas galas que presta el campo
con sus matices, los árboles con su tupido
follage; las flores con sus colorines inimitables;
la luna con su luz indecisa y titilante;
el aire con sus brisas y sus armonías;
el mar con sus olas movedizas, en cuyos febriles lomos, riñan los destellos del astro
nocturno; las mujeres con sus ternuras, con sus amores,
con sus caricias, con sus dulcísimas miradas, con sus provocativas sonrisas, con sus deleitantes besos,
con sus voluptuosas posturas...»

—¡Basta, caballero, basta!—esclamé cambiando de postura;—se vá Vd. á resbalar.

—Bueno; pero ¿no le parece á Vd. que esta es una hermosa introducción para mi folleto?

He procurado armonizar en uno los dos estilos, rea

EN ESPECTATIVA, *por Fradera*

—Yo no es que tenga miedo á acercarme.... ¡Quiá! lo que pasa es que como están acalorados, podrian faltarme, y yo no quiero que reciba ese menosprecio mi honroso uniforme.

FILOSOFIAS DE INVIERNO, por Cilla



—Teníamos buena mesa, despacho confortable, diez mil reales, aduladores...

—¡Y aquellas capitas tan preciosas! ¿Te acuerdas?



El estómago repleto, buen habano y buen abrigo, y aun que el termómetro baje sé yo bien que no hace frío.



Como dicen por ahí que las pulmonías entran por la boca...



—¿Habeis hecho ya las paces con el sastre?

—¡Quita, hombre! Eso es muy cursi.



—¡Rediós, v como dicen los sabañones!



—¿No me dás el brazo?

porque hace un frío que hiela y el contacto de una abuela nunca á mí me calentó.

—No,

lista y romántico, en lo que tienen de más plástico ambas escuelas; porque ya sabe Vd. que mi objeto es formar una escuela intermedia.

—No estoy por las innovaciones,—dije ahogando un bostezo y mirando de reojo la fresca hamaca, que me esperaba balanceándose entre las ramas de la biguera que nos cobijaba con su sombra, al poeta y á mí;—pero, dando por buena la de Vd, no veo porque tenga que resultar pornográfica esa mezcla...

—Ahora,—repuso impertérrito el implacable autor del folleto, feroz como todos los malos autores que se creen con derecho para obligar á los demás á escuchar las sandeces que tienen á bien trasladar al papel, creyéndolas hijas de un talento extraordinario;—ahora viene la parte descriptiva de la introducción, á la cual por salir de lo vulgar, no doy este calificativo, sino el de preludio, que imagino más artístico.

—Ha hecho Vd. muy bien—repliquele; y añadí para mi forro interior, (que diría quien yo me sé);—ha salido Vd. de lo vulgar para caer en lo ridículo y amanerado, eterna manía de escritores ineptos y ramplones....

—Durante el día,—comenzó á leer el poetastro en prosa con entonación campanuda,—durante el día, luz, vivos colores y armonías; aves que pican entre el ramaje; brisas que formulan melodías entre los tallos de las flores y el follaje de las arboledas; arroyos que murmuran eternas canciones de amor, resbalando sus cristalinas aguas, en las que se reflejan los rayos del rubio Febo y se miran las flores, sobre un lecho de doradas arenas y rumorosas piedrecillas; lindisimas y limpias campesinas, cuyo blanquísimo cutis toma rosados matices á la luz del astro que puso Dios, con el omnímido poder de su brazo, en...»

—¡Agua vá!—grité indignado.—¡Caballero!.. Lo mismo que está Vd. diciendo lo han repetido desde Homero, el mejor y uno de los más antiguos poetas, hasta Perez Escrich, el peor de todos los emborradores de papel, en todos los tonos y todos los idiomas, todos los escritores, si bien es verdad que la mayor parte lo han dicho mejor que Vd....

—¡Cómo mejor!—Ya verá Vd. como mi estilo es el más á propósito para hermanar las bellezas de lo que se pinta con las bellezas de la forma y el modo de decir.

—Pues ha tomado Vd. mal camino. Por de pronto, los arroyos no murmuran canciones de amor, porque ni saben de amor ni murmuran; ni las flores se miran en las aguas, porque no tienen ojos; ni las piedrecillas del tal riachuelo son rumorosas, ni sé á que viene el aplicarles ese adjetivo; *item más*, las campesinas suelen ser feas, sucias y morenas y no toman ningún rosado color de ese sol que dice Vd. puso Dios no sé donde...

—Señor mio,—prorrumpió el poeta,—eso son figuras retóricas.

—Pase por las figuras retóricas,—dije, disponiéndome á tomar paciencia, al tiempo que dirigía amante mirada á la sabrosa hamaca, que parecía incitarme á ocuparla, con sus voluptuosos vaivenes...

—«Por la noche,—continuó leyendo el poeta,—perfumes, armonías»...

—Sí; y colores vivos ó muertos, para variar,—no pude menos de interrumpirle.

—No, señor;—armonías y semi-oscuridad, que no llega á disipar completamente la mortecina luz de la luna; suspiros misteriosos del aire; el respirar incesante de la naturaleza dormida; la perfumada estancia en que recatada silfide espera al afortunado galán»...

—¡Mentira!.. Las señoritas (no silfides) recatadas, como Vd. dice, y de regular educación, tienen la graciosa costumbre de plantar en la puerta de la calle á los galanes que no tienen á bien marcharse á una hora regular y decente; y no suelen estar solas, si no acompañadas, á despecho de cuanto Vd. y otros poetas trasnochados puedan asegurar en sus lucubraciones, á parte de que eso es una vil calumnia y un insulto que el sexo femenino no le ha de perdonar.

—Eso es otra figura.

¡Ah!—añadí,—de modo que si todo son figuras, reti-

ro lo dicho; pero no veo esa dulce fusión del realismo y el romanticismo de que antes me hablé.

—Ya la verá Vd. Ahora, atienda.

Y me leyó de un tiron cuatro interminables páginas, en las que describe, por el estilo de lo que ya han visto Vds. lo que sucede durante las noches de primavera, con tal profusión de detalles, que no pude menos de preguntarle:

—¿Es Vd. señor, caballero?

—No, señor;—me respondió asombrado,—¿porqué me lo pregunta?

—Diré á Vd.; como está tan enterado de lo que sucede por la noche...

—Pues, no señor;... pero ¿vé Vd. qué realidad en la descripción, qué vigor en los tonos?...

—No sé si hay realidad, ni si sucede efectivamente eso que Vd. dice; porque yo, aunque me dé vergüenza el confesarlo, tengo la maldita costumbre de dormir toda la noche de un tiron, aunque sea noche de primavera, sin preocuparme poco ni mucho de los rumores del aire, ni de la semi-oscuridad, ni de estancias perfumadas, ni de recatadas silfides que, sin duda para demostrar su recato, reciben á media noche, y á solas, á los afortunados galanes.

—Sin embargo... ¡pero, más vale que atienda Vd. al final de mi preludio! «¡Oh, noches de primavera, hermosas noches!.. ¡Cuántas como vosotras tan puras!»...

—¡Un momento, señor poeta!—interrumpi, agotada ya la paciencia y tendiéndome en mi hamaca, para echar un sueñecito.—Imagino que tengo un final muy á propósito y que haría grande efecto en ese preludio ó sinfonía á grande orquesta, ó como quiera Vd. llamarle.

—¡Un final!... Veamos,—repuso entusiasmado.

—Atienda Vd. ahora... ¡Oh, noches de primavera, hermosas noches!... ¡Cuántas como vosotras tan puras, tan tibias, tan claras, ageno á mundanales cuidados, lejos de las debilidades humanas, libre de las impertinentes lecturas de trasnochado poeta!...

—¿Donde vá Vd. á parar?—interrumpiome algo asustado el autorzuelo.

—Ahora verá Vd.... ¡Oh, cuántas como vosotras tan puras, etc... he pasado durmiendo, tranquilamente!...

Y me volví, bostezando, del otro lado, mientras el poetastro se daba á la fuga, campo atraviesa, llamandome á gritos sacrilego del arte y asesino del naturalismo...

MANUEL BIELSA.

Fábulas Morales

sobre máximas de

El Consejero de la Infancia.

Al entrar de visita en una sala mi amigo don Severo, se dejó en la antesala, siguiendo la costumbre, su sombrero; y en tanto que él hablaba á los señores de otros tiempos mejores, los niños de la casa, sin recato pusieron el sombrero como un plato. Por esto recordar es conveniente la máxima siguiente:
Procure en la visita el hombre urbano no dejar el sombrero de la mano.

Viajando en diligencia iba un señor camino de Valencia, y eran sus compañeros de viaje dos señores, al menos por el traje. El, por trabar conversación con ellos, por los codos habló y por los cabellos;

pero ellos, sin decir sus opiniones,
se durmieron lo mismo que lirones.
*Si en elegir conversación hay tino,
se hace más corto y placido el camino.*

* * *
Olvidó Arturo á Luisa,
hermosa joven que en los veinte frisa,
y ella, ardiendo en despecho,
(¡nunca lo hubiera hecho!)
se unió á un viejo carcoma
que de cada paliza la desloma.
*Por despecho ó por cálculo malvado,
nunca sin vocación tomes estado.*

* * *
Mi vecina Asunción en el paseo
encontró á Timoteo,
y al volver la cabeza mi vecina
por mirarle, se dió contra una esquina.
*Andad niñas con noble gentileza
y evitad ir volviendo la cabeza.*

CÁRLOS CANO.

VAPULEOS

—o—

Ha dicho «El Imparcial», que el Sr. Conde de las Almenas ha dirigido un manifiesto á los electores de Jaen anunciándoles que se retira á la vida privada, desengañado de la política.

O lo que es lo mismo: el célebre autor de *Veinte años en el poder*, ha dicho:

«No las quiero comer, no están maduras».

Que fué lo mismo que debió pensar después de anunciada la publicación del tercer tomo de *«Los grandes caracteres políticos contemporáneos.»*

Cuya obra se quedó en el tintero.
Y no digo en el tintero de quien.

Las Ocurrencias de el 26 del mes pasado decía lo siguiente:

«El Tajo.—Dice un periódico vascongado que en breve será desarbolado en el Ferrol, y dado de baja en el servicio el cañonero Tajo.

La erupción tiende á aumentar, y los habitantes del contorno se encuentran atemorizados.»

¿Ustedes entienden esa jerga?
Pues yo tampoco, pero me la esplico.

Los amigos de el colega se encuentran en el poder;
él se baja á la bodega,
¡y qué le ha de suceder!

Parece ser que un adolescente ha sido víctima de un rapto en Valladolid por una ella.

¡Oh tempora, Oh mores!

«Día llegará,—dijo San no se cuantos,—en que los hombres tengan que subirse á los árboles huyendo de las mujeres»

¡Y llegará; vaya si llegará!

Lo que yo siento es que todavía no he tenido que huir de ninguna.

Por que ninguna se ha dignado perseguirme.
¡Ingratonas!

Dice un colega que al ir á pronunciar el si sacramental, se volvió atrás de su propósito un joven que iba á casarse el sábado en Santander.

La consideración de que la novia era muy vieja pesó á última hora en su ánimo, quedando la tierna desposada compuesta y sin novio.

No estoy conforme con el novio.

Porque siendo ella con el novio lo natural es que viviera menos que una joven.

Y esto ya era una ventaja.

Entre amigas:

—¿Cuándo te casas, Leonor?

—Cuando tú, amiga mía.

—Si yo no tengo novio.

—Pues por eso digo que cuando tú.

MARTÍN PEREZ

CORRESPONDENCIA

Picio. Barcelona.—¡Qué flojitos son!

J. C. Madrid.—Muy pobres de asunto.

E. D. I. Madrid.—¡Hombre, hombre! Conque sueldo ¿eh? No me parece mal; pero fijelo V. mismo, porque yo no alcanzo á apreciar todo el valor de estos versos que me envía:

«¡Tanto he llorado, Inés, tanto he sufrido,
tan grande y rudo golpe llevé un día!»

¿A donde lo llevó usted?

«que cayó mi corazón herido.»

Claro que cayó: cómo que le faltó verso en que apoyarse; porque no sé si V. se ha fijado en que ese verso es corto.

«y no pudo curarle el alma mía»

¡Pues vaya usté á una cátedra con ella

y enséñele algo más de medicina!

«Yo he amado cual tú, con vehemencia

á una humana beldad que el alma roba (¿)

y rayaba mi amor en la demencia

cuando la ingrata huyó con mi alma toda.»

Entonces ya me explico por qué el alma no pudo á usted curarle el corazón. ¿Cómo se lo había de curar si esa ingrata se la llevó consigo? Pero aunque le hayan robado á V. algo, no por eso ha de ignorar que roba y toda nunca fueron consonantes.

«Desde este día, Inés, de mí he borrado todo lo que á amor huele.—No lo quiero»

Hace V. bien: ciertos olores no son para aspirados.

«La flecha que mi pecho ha traspasado

tornó mi corazón duro y austero»

¿De manera, que la austeridad se consigue á flechazos? Bueno es saberlo.

«Aquel amor sagrado, dulce amiga,

vaga por la región de lo infinito....

y ha de ser muy ardiente el que consiga

encender esta piedra de granito!....»

Y prou, que para demostrar su capacidad de redactor, basta con eso.

A. de H. Málaga.—Muy inocente.

S. Alsina y C.—Quite V. de ahí, asqueroso.

J. Marsili.—¿Ha visto V. qué barbaridad le han puesto los cajistas? Son el demonio.

C. Q. J.—Las que no valen, son estas que me envía.

P. Pito.—Venga la firma.

F. M. T.—Pero hombre. ¿porqué no le lee V. sus versos á algun amigo inteligente antes de mandarlos? Porque cuidado que esta vez son peores!

A. L.—Resultan inocentes.

F. C.—Estoy por decirle á V. lo mismo.

Quedan muy pocas cartas por contestar.

Imprenta de Pedro Ortega, Palau, 4.—BARCELONA.



Juana vá en busca de un chulo,
pues le gusta lo flamenco
y su esposo por lo mismo
va a las ventas con Consuelo.

ANUNCIOS

Librería técnica DE ARTE Y CIENCIAS

Especialidad en obras referentes a las carreras de ingeniero y arquitecto.

Centro de suscripción y adquisición de toda clase de publicaciones francesas, alemanas, italianas é inglesas.

MIGUEL PARERA
Bajada Canonge, 2, 2.º.—Barcelona

AGENTE Exclu-
sivo en
Madrid para la venta de Bar-
celona Cómica,

D. Julian Rodriguez

Kiosko de la Universidad,
Plaza de Santo Domingo.

FRUTA DEL TIEMPO

Colección de versos alegres, por el conocido escritor *D. Carlos Cano*; precedidos de una carta de Manuel del Palacio.

Véndese en esta administración, Hospital, 100 y 102, al precio de pesetas 1'50 el ejemplar.